



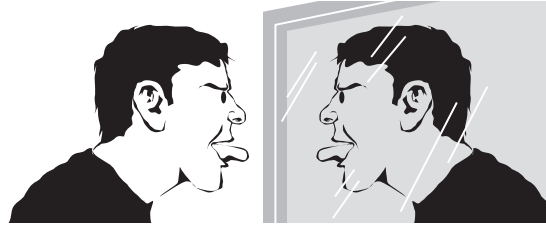
Cartas de los lectores

cartas@diariodenavarra.es

Impostura

Del "mayor" independentista de los "mossos" catalanes Josep Lluís Traperero, nombrado por Puigdemont para ser su mano derecha en la policía en la operación independentista, se han publicado varios datos significativos. Uno, que es charnego, hijo de un vallisoletano emigrado a Cataluña y allí taxista. Otro, que en casa le llaman aún hoy "José". Otro estrechamente vinculado al anterior y muy esclarecedor: que no quiso responder en castellano a un periodista holandés en una rueda de prensa reciente. Ser charnego (inmigrante, hijo de inmigrantes) en Cataluña en los años sesenta y setenta de la infancia y juventud de Traperero significaba ser mirado por encima del hombro, ser despreciado por los catalanes auténticos. Algo no muy distinto de ser paria en la India. ¿Qué podía hacer quien se encontrase en una situación so-

cial como ésta? Podía por ejemplo oponerse a la xenofobia y al clasismo de esa sociedad, intentar acabar con esas lacras sin avergonzarse ni renegar de su condición de inmigrante, de su identidad, de sus orígenes. Opción noble y moralmente digna. Otra opción, innoble e indigna, era la de aceptar esa sociedad xenófoba e intentar trepar en ella renegando de los propios orígenes. Quien hiciera algo parecido a lo primero sería hoy antinacionalista. Quien eligiera lo segundo sería como Traperero, independentista. Hay un vídeo en las redes sociales colgado por Pilar Rahola en el que aparece Traperero tocando la guitarra y cantando con Puigdemont y sus amigos ultranacionalistas. Eso significa que Traperero fue aceptado por ellos previo pago de un precio, el de apostatar de su condición de español, el de negar sus orígenes (el llamado en la



intimidación familiar "José" reniega en público del castellano y se niega a hablarlo. Difícil encontrar falsedad e indignidad mayor). Pagando el precio compró el éxito. Precio alto: ha construido su vida sobre la falsedad, sobre la traición a las propias raíces, sobre la indignidad. Si el demonio es el padre de la mentira (Jn. 8,44), podría decirse que ha vendido su alma al diablo.

Traperero sale en las fotos con gesto serio, adusto, duro, con un rictus como de tristeza. Cualquiera independentista, viéndolo, podría decirnos: en ese gesto serio y un tanto amargo se refleja la

opresión centenaria que los catalanes hemos sufrido por parte de España. Si lo hiciera tendría razón: falsa opresión, falsa expresión. Parece que en Cataluña, gracias al adoctrinamiento escolar y a la presión social del nacionalismo, son miles y miles los que, como Traperero, han renegado de su condición de españoles para sentirse aceptados, integrados y reconocidos, y se han convertido al independentismo. Si como hacen los "castellers" pusiésemos esas vidas falsas unas encima de las otras podríamos formar una "castell" enorme, mucho más alto que la torre de Ba-

bel y que sería un gigantesco monumento a la falsedad del independentismo catalán.

Trayectorias vitales como las de los miles de Trapereros que hay en Cataluña resultan por desgracia muy conocidas y repetidas en la historia donde hay sociedades faltas de libertad, y revelan que en demasiados casos los humanos estamos hechos de una pasta mediocre. En la época de esplendor de Franco sin ir más lejos, si alguien quería medrar, le convenía hacer exhibición de franquismo y por ejemplo darle la medalla de oro del Barça por dos veces al Caudillo. En la Alemania nazi era también muy conveniente mostrar entusiasmo por la causa nazi para ascender en la sociedad. Lo mismo en la URSS con el comunismo. En la sociedad cerrada en la que el nacionalismo catalán ahoga la libertad conviene también a quien quiera trepar hacer exhibición de independentismo, como Traperero y muchos miles más.

RAFAEL BERRO ÚRIZ